

CAPITULO VIII

DE LA ENCARNACIÓN DEL HIJO DE DIOS Y DE LA REDENCIÓN DEL GÉNERO HUMANO

De dos problemas dijimos que estaban por resolver para que pudiera constituirse de todo punto así el orden universal como el humano: Dios sacó el bien de la prevaricación primitiva, la cual le sirvió de ocasión para manifestar dos de sus más grandes perfecciones: su infinita justicia y su infinita misericordia. No era esto bastante, sin embargo; convenía además para que en las cosas de la Creación, y especialmente en las humanas, hubiera aquel orden y concierto que atestiguan la presencia de Dios en todas sus obras, que el pecado mismo de la prevaricación fuera borrado de todo punto; como quiera que, cualquiera que fuese el bien que Dios sacara de él, quedando subsistente, quedaba en pie, y como desafiando á todo el divino poder, el mal por excelencia. Por otra parte, nada conviene más á la misericordia infinita de Dios, sino ayudar con mano á un mismo tiempo potentísima y clementísima la invencible flaqueza del hombre, para que de tal manera se levantara sobre su miserable condición, que pudieran transformarse en instrumento de su propia salvación las consecuencias de su pecado. Borrar el pecado y fortificar al pecador hasta el punto que pudiera levantarse libre y meritoriamente estando caído, este es el gran problema que es necesario resolver, aun después de resueltos to-

dos los otros, si el catolicismo ha de ser otra cosa que uno de los muchos sistemas laboriosamente imperfectos que vienen dando testimonio de la profunda y radical impotencia de la razón humana.

El catolicismo resuelve estos dos grandes problemas por el más alto é inefable é incomprendible y glorioso de todos sus Misterios: en ese altísimo Misterio están juntas todas las divinas perfecciones. En él está Dios con su espantable omnipotencia, con su perfecta sabiduría, con su maravillosa bondad, con su terrible justicia, con su altísima misericordia; y sobre todo, con aquel inefable amor que domina y señorea todas sus otras perfecciones, el cual manda con imperio, á un tiempo mismo, á su misericordia ser misericordiosa, á su justicia ser justa, á su bondad ser buena, á su sabiduría ser sabia, y á su omnipotencia ser omnipotente. Porque Dios no es ni omnipotencia, ni sabiduría, ni bondad, ni justicia, ni misericordia: Dios es amor, y nada más que amor, pero ese amor es de suyo omnipotente, sapientísimo, buenísimo, justísimo y misericordiosísimo.

El amor fué el que mandó á su misericordia dar al hombre prevaricador y caído la esperanza, con aquella divina promesa de un futuro redentor, que vendría al mundo para tomar en sí y para vencer al pecado. El amor fué el que le prometió en el paraíso, el que le envió á la tierra, y el que vino: el amor fué el que tomó carne humana, y vivió vida de hombre mortal, y murió muerte de Cruz, y resucitó después en su carne y en su gloria. En el amor y por el amor somos salvados todos los que somos pecadores.

El gloriosísimo Misterio de la Encarnación del Hijo de Dios es el único título de nobleza que tiene el género humano. Lejos de causarme maravilla el desprecio que los racionalistas modernos muestran hacia el hombre, si hay alguna cosa que ni alcanzo á explicar ni puedo concebir, es la atentada prudencia y la tímida medida con que proceden en este negocio. Tomando al hombre despeñado ya por su culpa de aquel primitivo es-

tado en que le puso Dios, de justicia original y de gracia santificante; examinado por dentro en su constitución orgánica, imperfectísima y contradictoria¹; y cuando se consideran la ceguera de su entendimiento, la flaqueza de su voluntad, los torpes arrebatos de su carne, el ardor de sus concupiscencias y la perversidad de sus inclinaciones, no acierto á concebir ni explicar esa parsimonia de vilipendios y esa medida en los desdenes. Si Dios no ha tomado la naturaleza humana; si tomándola en sí, no la ha levantado hasta sí; y si levantándola hasta sí, no ha dejado en ella un rastro luminoso de su nobleza divina, es fuerza confesar que para expresar la vileza humana faltan vocablos en los idiomas de las gentes. Yo de mí sé decir, que si mi Dios no hubiera tomado carne en las entrañas de una mujer, y si no hubiera muerto en una Cruz por todo el linaje humano, el reptil que piso con mis pies sería á mis ojos menos despreciable que el hombre. Aun así y todo, el punto de fe que más abruma con su peso á mi razón, es ese de la nobleza y dignidad de la especie humana, dignidad y nobleza que quiero entender y no entiendo, y que quiero alcanzar y no alcanzo. En vano aparto los ojos llenos de espanto y de horror de los anales del crimen, para ponerlos en esferas más altas y en regiones más serenas. En vano traigo á mi memoria aquellas levantadas virtudes de los que el mundo llama héroes, y de que están llenas las historias; porque mi conciencia levanta su voz y me dice que todas esas heroicas virtudes se resuelven en vicios heroicos, los cuales se resuelven á su vez en un orgullo ciego ó en una ambición insensata². El género humano apa-

1 Véase la nota primera que viene, hacia el fin.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

2 "No me pararé á demostrar—dice sobre estas palabras el Sr. Gaduel— que la proposición que llama vicios á las virtudes naturales de los infieles, ha sido condenada por la Iglesia." (*L'Ami de la Religion*, número 8, de Enero de 1833.)

La proposición de Bayo á que acaba de referirse el Sr. Gaduel, es la siguiente: *Omnia opera infidelium sunt peccata, et philosophorum virtutes sunt vitia*. Esta proposición es universal, y se aplica á todos los actos de los infieles, cualesquiera que sean, y se entiende, no solamente de las falsas virtudes de los filósofos, sino también de aquellas que son en sí mismas verdaderas virtudes, bastando la ausencia de la fe para que, según Bayo, la virtud más verdadera sea un vicio; pero el Sr. Donoso no dice nada semejante; en primer lugar, no habla para nada ni de *infieles* ni de *filósofos*, sino

rece á mi vista como una inmensa muchedumbre puesta á los pies de sus héroes, que son sus ídolos; y los héroes como ídolos que se adoran á sí propios. Para creer yo en la nobleza de esas estúpidas muchedumbres, ha sido necesario que Dios me la revele. Ninguno puede negar esa revelación y afirmar su propia nobleza. ¿De dónde sabe que es noble, si Dios no se lo ha dicho? Una cosa excede mi razón y me confunde: que haya quien piense que se necesita una fe menos robusta para creer en el incomprendible misterio de la dignidad humana, que para creer en el Misterio adorable de un Dios hecho hombre, por la virtud del Espíritu Santo, en las entrañas de una virgen. Esto prueba que el hombre vive siempre sujeto á la fe; y que cuando parece que deja la fe por su propia razón, no hace más sino dejar la fe de lo que es divinamente misterioso, por la fe de lo que es misteriosamente absurdo ¹.

de los que el mundo llama héroes. No dice el mundo pagano, sino el mundo, y no ha duda que el Sr. Gaduel no ignora el sentido de esta expresión. En segundo lugar, no habla de todos los actos de los infieles, sino de aquellas acciones de que están llenas las historias, es decir, de las batallas, conquistas, etc., que no tienen gran relación con las virtudes de los filósofos. En fin, no habla de verdaderas virtudes, sino de aquellas que el mundo tiene por tales y que él tiene como falsas, porque se resuelven en un orgullo ciego ó en una ambición insensata. Su apreciación se refiere únicamente á hechos particulares, y no sostiene ninguna conclusión dogmática; ¿qué relación puede, pues, tener con la absurda herejía de Bayo?

¹ El Sr. Gaduel extracta algunos trozos de este pasaje, y después exclama indignado: "¿No es indigno de un hombre, y sobre todo de un cristiano, lanzar ese cartel de desprecio contra la humanidad entera? Y si apenas pudiera tolerarse semejante lenguaje tratándose de los más odiosos malhechores, ¿puede consentirse que se le aplique á todo el género humano, teniéndole por tan vil y despreciable que no lo es más el reptil que se huella con la planta?". (*Ami de la Religion*, número del 8 de Enero de 1853.)

El Sr. Gaduel continúa en ese tono en una página entera, y bien podía haberse ahorrado tanta elocuencia si hubiese querido considerar que el Sr. Donoso no habla del hombre tal como es, sino tal como le presentan los racionalistas; da á conocer el desprecio que hacen del hombre, y dice que no lo extraña, pues comienzan por despojar al hombre de lo que constituye su grandeza; y que aún es de admirar cómo no pasan más adelante, después de reducir al hombre á tan lamentable estado. Tal es el sentido de este pasaje, y cualquiera que sepa leer lo conocerá.

El Sr. Gaduel concluye así: "Digamos, en fin, que esta gran criatura, llamada el hombre, hasta en el abismo en que había caído, con las llagas que se había abierto, pareció todavía tan hermosa y preciada á los ojos de su autor, que el mismo Hijo de Dios en persona no ha tenido á menos poner sus divinos pies en aquel abismo para levantarlo, y aplicar á aquellas llagas su mano purísima para curarlas con ella. La naturaleza humana, caída y todo, es al cabo nuestra propia naturaleza; ese ser derri-

La Encarnación del Hijo de Dios fué convenientísima, no solamente en calidad de manifestación soberana de su infinito amor, en el cual está la perfección, si puede decirse así, de las divinas perfecciones, sino también en virtud de otras profundas y altísimas consecuencias. El orden supremo de las cosas no puede concebirse, si las cosas todas no se resuelven en la unidad absoluta. Ahora bien: sin aquel prodigioso Misterio, la Creación era doble y el universo un dualismo, símbolo de un antagonismo perpetuo, contradictorio del orden. De un lado estaba Dios, tesis universal; y de otro las criaturas, su universal antítesis. El orden supremo exigía una síntesis tan poderosa y tan ancha, que bastara á conciliar por medio de la unión la tesis y la antítesis del Criador y las criaturas. Que esta es una de las leyes fundamentales del orden universal, se ve claro cuando se considera que ese mismo Misterio, que en Dios nos causa maravilla, sin admirarnos está patente en el hombre. El hombre, considerado desde este punto de vista, no es otra cosa sino una síntesis, compuesta de una esencia incorpórea, que es la tesis, y de una antítesis, que es su subs-

bado á tal abismo desde tanta altura, somos al cabo nosotros mismos. Tengamos algún respeto á ese ser que ha movido al mismo Dios á compasión, y no despreciemos de ese modo lo que el mismo Dios ha amado tanto.

El Sr. Gaduel olvida que, en la hipótesis racionalista, Dios nada tiene que ver con el hombre; que no le tiene ni estima, ni lástima, y que nunca ha bajado á la tierra para curarle sus heridas. Pues bien: Donoso parte de esta hipótesis para deducir de ella el absurdo. ¿Qué sería del hombre si Dios no le hubiese querido rescatar, es decir, si le hubiera dejado en el mundo á merced del pecado y de todas las miserias y corrupciones que en esta hipótesis se habrían seguido, sin poner á su alcance ningún remedio, sin darle socorro alguno, en poder del demonio y sin más esperanza que la muerte y el infierno? Cuanto á la doctrina del Sr. Donoso sobre la naturaleza degradada, debía conocerla el Sr. Gaduel, pues se halla expuesta con mucha claridad en la misma obra que él ha examinado con tanta diligencia. Podemos recordarle en particular el capítulo cuarto del libro segundo, donde se sostiene que la naturaleza humana es, no sólo buena en sí misma, sino perfecta y excelente; que no afectando la culpa, ni pudiendo afectar á las esencias de las cosas, esta naturaleza sigue siendo perfecta y excelente, á pesar del pecado; y que no se puede sostener lo contrario sin caer en maniqueísmo ó en un fatalismo que hace á Dios autor del mal. ¿Qué más puede pedir el Sr. Gaduel? Que vuelva á leer, al final del capítulo siguiente á éste, el pasaje en que el Sr. Donoso dice que el *secreto de la naturaleza contradictoria del hombre* nos ha sido revelado en el Misterio de la Encarnación, y añade que este secreto consiste en que *por un lado es altísima y excelentísima, y por otro es la suma de toda indignidad y de toda bajez.* ¿Cómo puede el Sr. Gaduel, después de leer esto, acusar al Sr. Donoso de no ver nada bueno en la naturaleza humana?